

reclamaba lo que reclama siempre: la educación de la infancia, el alma de las generaciones futuras<sup>1</sup>.

Los Estados se reunieron el 5 de Mayo de 1789, fecha grande, considerada históricamente como el principio de una era nueva, la de la dominación burguesa en la Europa occidental. En un principio hubo movimiento sin avance: los órdenes, nobleza, clero y tercero, permaneciendo separados en sus respectivas salas de deliberaciones, sólo se ocuparon, en un lado, de conservar los privilegios, en otro, de suprimirlos; pero la asamblea del Tercero, impulsada por todo el movimiento del siglo, tuvo las grandes iniciativas: se constituyó en «Asamblea nacional» é intimó á los otros dos Estados á unírsele en la sala de las deliberaciones. Los curas, que se sentían pueblo por la pobreza y á quienes irritaba el aislamiento de sus colegas, fueron los primeros en obedecer, en un principio aisladamente los preladados, después en masa. La corte, que todavía poseía la fuerza bruta, se imaginó que tenía también la fuerza moral y que la Asamblea no tendría el valor de reunirse si un piquete de soldados les impedía la entrada, pero ya los representantes del pueblo, por realistas que fueran, se habían convertido en republicanos sin saberlo, y, echados de una sala, se lanzaron á otra, la sala famosa del Juego de pelota, para hacer allí, en un arranque de entusiasmo y por unanimidad, el juramento de «no separarse jamás». El rey en persona vino para ordenar á los diputados que se dispersaran y esperasen su buena voluntad. Y fué entonces cuando Mirabeau lanzó al maestro de ceremonias el famoso apóstrofe: «¡Decid á los que os envían, que nosotros estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no se nos arrancará sino por el poder de las bayonetas!»

París venía ya á sostener la Asamblea, sin cuyo auxilio ésta hubiera probablemente cedido, después de previas prisiones ó matanzas. Se atacó una cárcel para libertar los cautivos, se quemaron las casillas de consumos y se apoderó el pueblo de armas y municiones; los soldados de la guardia francesa, casi todos Parisienses, se mezclaron

<sup>1</sup> Michelet, *Histoire de France*, XVII, ps. 463, 464.

con el pueblo; el regimiento de Chateaufieux, compuesto de Suizos vaudenses de lengua romanda, sintiéndose francés de costumbres y de tendencias, se negó á tirar sobre la multitud; se organizaron las milicias, tanto más ardientes para la lucha, cuanto que estaban rodeadas de tropas extranjeras, Alemanes, Suizos, Croatas, Húngaros, soldadesca cuyo lenguaje ni siquiera se entendía.

Y de repente, á pesar de jefes y consejeros, contra todo buen sentido y arrastrado por una fe ciega, por instinto unánime, el pueblo se precipitó ciegamente contra el bloc enorme de la Bastilla, contra el negro cubo de piedra á cuya sombra la ciudad se agitaba impotente, y la fortaleza, que hubiera podido defenderse por su sola masa, acabó

por abrir sus puertas é hizo caer su puente levadizo, porque sus mismos defensores sintieron que había llegado el gran día: la Bastilla se entregó «por mala conciencia»<sup>1</sup>, la voluntad colectiva de París le había hipnotizado.

La rendición de la Bastilla fué un acontecimiento capital que hizo temblar á los reyes, entusiasmó á los pueblos y tomó un sentido



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

DE LAUNAY

governador de la Bastilla, conducido al Hotel de Ville, donde no llegó con vida.

<sup>1</sup> Michelet, *Histoire de la Révolution Française*, I, p. 203, edición de 1877.

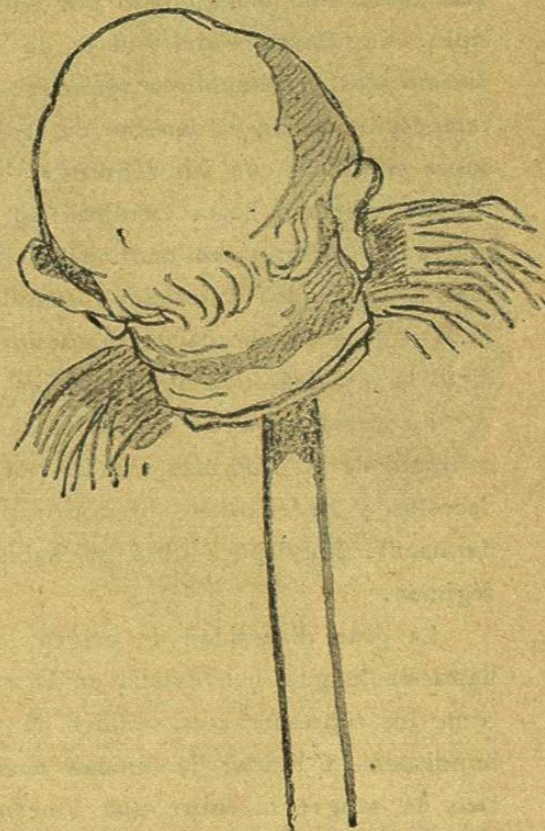
simbólico universal, cuyo efecto dura todavía; pero si en momentos desesperados es muy bello arriesgarlo todo por la causa que se ama, ¡cuán funesta ha sido la ilusión, nacida de la toma triunfante de la Bastilla, de que el entusiasmo popular basta para realizar lo imposible! No, las multitudes desordenadas, provistas de piedras y de armas halladas á la casualidad, corren gran peligro de sacrificarse inútilmente ante murallas sólidas, guarnecidas de hombres disciplinados que saben apuntar los cañones. La trompeta de Jericó ya no derriba los muros de las ciudades. Es imprudente embriagarse con palabras, que sólo representan vanas sonoridades. Para combatir, lo más seguro es siempre ser el más fuerte á la vez que el más clarividente: al fervor, al poder de la voluntad conviene unir la ciencia invencible.

Los acontecimientos de París despertaron ciertas poblaciones que habían quedado pasivas por efecto del largo sueño debido á las persecuciones antiguas y á la opresión continua. Hasta los Pirineos, hasta el mar de Gascuña, el pueblo fué sacudido por un gran estremecimiento, anunciador de sucesos temibles. Fué aquél, dicen los contemporáneos, el tiempo del «gran miedo». Acostumbrados á padecer, los campesinos se preparaban en muchos puntos á nuevos sufrimientos, buscando un refugio en los bosques y en las cavernas. Pero el ejemplo de París dió un nuevo ardor á las masas impacientes por sacudir el yugo: cada ciudad de provincias se apoderó de su Bastilla, y las ciudades impulsaron á su vez á los pueblos y las aldeas. El labrador comprendió que disponía de la fuerza, sitió el castillo del señor local, se apoderó de los archivos que le imponían la servidumbre y la talla, quemó los títulos que le despojaban de su bien, cesó de pagar censos y tributos y durante cierto tiempo se convirtió en hombre libre. ¡Desdichado del odioso propietario que hubiese brutalizado á sus siervos durante los tiempos de prosperidad! También le había de tocar el insulto y los malos tratamientos, su palacio sería derruido y él mismo correría peligro de muerte si no huía al extranjero. Porque Francia se organizaba, cada día aprendía el manejo de las armas, y, en esa multitud inmensa que ya sabía atacar y defenderse, los sustentáculos particulares del capricho real y de la nobleza, los regimientos de Alemanes y de Suizos, reclutados á costa de enormes gastos, se perdían como en un mar.

Los diputados de la nobleza residentes en Versalles, en la Asamblea, tomaron las cosas con galante benevolencia. Ya que el pueblo, antes esclavizado, arrojaba al fuego sus archivos, pergaminos y árboles genealógicos y no se sujetaba á las servidumbres personales, ¡los grandes lo sacrificarían todo dignamente! No hay duda que entre ellos algunos comprendieron que la prudencia les aconsejaba separar su causa de la de los

nobles emigrados que huían como enemigos y se preparaban á luchar contra Francia; algunos se dejaron llevar por el fausto tradicional del gran señor que juega con las deudas y prodiga el oro como si lo poseyera siempre con exceso; pero otros también, penetrados bajo la epidermis por la filosofía del siglo, comprendían perfectamente que sus antiguos derechos estaban fuera del derecho y constituían una injusticia que ya era tiempo de hacerse perdonar. El alto sentimiento del sacrificio, y la gracia con que se supo realizarlo, hizo de aquella «noche del 4 de Agosto», en aquel mismo año 89, una fecha inolvidable. Todos estaban conmovidos, sentíanse

dichosos por considerarse iguales, por ver derrumbarse aquellas barreras del feudalismo que habían hecho al hombre enemigo del Hombre. La emulación de justicia y de sacrificio se extendió á las ciudades y á las provincias privilegiadas, que sucesivamente y por aclamación renunciaron á todas las ventajas que la monarquía les



Groquis d'après nature ejecutado por David.

FOULLON, COMISARIO DE LOS VÍVERES

nacido en Saumur en 1717, ahorcado en la lanterna (en un reverbero) en 1789. Su cabeza fué paseada en la punta de una pica con la boca llena de paja.

había concedido para refundirse en la gran unidad francesa. Pudo creerse que en aquella noche de revolución se resumían y se realizaban todas las aspiraciones, todas las esperanzas de las generaciones pasadas.

La reflexión vino, sin embargo, y desde el día siguiente la obra de los «hombres prudentes» tuvo por objeto recoger en detalle lo que había sido abandonado por una entusiasta declaración de principio. Los decretos del 5 al 11 de Agosto notifican que, excepto el diezmo, las servidumbres reales no quedaban suprimidas, pero los campesinos tenían el derecho de redimirse de ellas «si se entendían sobre el precio con sus señores». Y todavía esos decretos, que el rey no sancionó hasta Octubre, no fueron jamás debidamente promulgados. Entretanto continuaba la Jacquería — sólo en Bretaña fueron saqueados veinticinco castillos antes del mes de Marzo de 1790 —, fueron ahorcados campesinos, y hasta Junio de 1792 no se dictó la ley definitiva aboliendo los derechos sin rescate.

La declaración de los «Derechos del hombre» dió cuerpo al conjunto de las reformas votadas por aclamación; pero leyes nuevas, decretos y ordenanzas vinieron rápidamente á probar que verdaderamente muy poca cosa se había logrado cambiar del antiguo régimen.

La gran diversidad de origen, de apariencia, de costumbres y hasta de lengua que existía en la nación francesa explica en parte cómo los representantes venidos de todas las provincias se sintieron impulsados á fundar la unidad nacional, no sobre un pretendido lazo de sangre ni sobre una fraternidad tradicional, sino sobre el derecho humano. Las fórmulas que sirvieron de base á la constitución del pueblo francés hubieran convenido perfectamente á la creación de una república que abarcara la humanidad entera<sup>1</sup>. En efecto, el movimiento del pensamiento tomó durante el siglo XVIII un carácter universal: excediendo con mucho los límites de Francia y del tiempo presente, se extendió al conjunto de los países y de los tiempos; con frecuencia la atención de los historiadores se fijaba más sobre los actos de Federico II, sobre el funcionamiento de la

<sup>1</sup> Jacques de Boisjolin, *Des Peuples de la France*, p. 9.

constitución inglesa, sobre la guerra de independencia de las colonias americanas, que sobre los negocios interiores de Francia; se presentaban como ejemplo las costumbres del pueblo chino, se interesaban por los negros de Santo Domingo ó por los insulares de la Oceanía. Por una especie de floración natural la Asamblea nacional proclamó los derechos del Francés, apoyándolos sobre la piedra angular del derecho de todos los hombres. Los legisladores se engañaron sin duda, puesto que, según la concepción masónica de la época, buscaron fuera del hombre, en un Ser supremo, el garante de la moral humana: tomaron su punto de apoyo fuera de la conciencia individual, que, aunque vacilante, no por eso deja de ser el gran resorte de toda obra sincera: considerando al

hombre como un eterno menor, como un súbdito, quisieron guiarle

por leyes, emanación de la voluntad divina de la cual eran los intérpretes. Como quiera que sea, los derechos del hombre, que proclamaron bajo la presión de la opinión soberana que al fin encontraba unos heraldos, representan bien el hecho capital de la historia desde los orígenes de la humanidad hasta nuestros días. Por primera vez una nación se declara solidaria de todas las naciones del mundo, de todas las razas, en nombre del derecho que posee cada hombre de ir en busca de la felicidad.

En aquella gran época, la más bella que haya atravesado aún la humanidad, el ideal de los más altos filósofos que emitieron el



Retrato por Isabey.

EL GUEN DE KERANGAL  
nacido en Landivisiau en 1746. Primer noble que en la noche del 4 de Agosto renunció á sus privilegios.

pensamiento humano en toda su belleza pareció hallarse á punto de realizarse. En Mayo de 1790, cuando la discusión sobre el derecho del poder ejecutivo de declarar la guerra, Volney propuso á la Asamblea que «considerara á la universalidad del género humano como formando una sola y misma sociedad cuyo objeto es la paz y la felicidad de todos y de cada uno de sus miembros; que en esta gran sociedad general, los pueblos... considerados como individuos, gozan de los mismos derechos naturales y están sometidos á las mismas reglas de justicia que los individuos de las sociedades particulares y secundarias; que, por consiguiente, ningún pueblo tiene el derecho de invadir la propiedad de otro pueblo ni de privarle de la libertad ni de sus ventajas naturales». De ese modo todo el globo terrestre, en el pensamiento de los innovadores, quedaba ya enlazado por el mismo derecho de gentes. La federación de los hombres se constituía con la idea de la felicidad universal.

Semejante felicidad se consideraba de realización posible por la elaboración de «leyes justas» y por su igual aplicación á todos los ciudadanos. Se comprende fácilmente la pasión ferviente que se apoderó de los Franceses de aquella época respecto de la Ley, reverenciada simbólicamente como una diosa, como la que había de substituir á la arbitrariedad, reemplazando al capricho real multiplicado por los infinitos caprichos de los subordinados que, desde el amo hasta el último lacayo, caía sobre los desgraciados en una cascada de brutalidades, de injusticias y de crímenes. Hasta por definición, la ley, representada por una balanza, sería absolutamente justa, igual para todos, y esta seguridad bastaba á los desgraciados que tanto habían sufrido por la iniquidad de los juicios formulados en nombre del rey. Imaginábanse que, en lo sucesivo, la justicia impersonal se extendería sobre la nación, luminosa y bienhechora para todos como los rayos del sol. No sabían que la monarquía, convirtiéndose en poliarquía, no dejaba de ser un reinado: tantos hombres privilegiados por la posesión de un poder, otros tantos reyezuelos que discuten, sancionan y aplican las leyes en su beneficio. La ley fué siempre la que impuso el más fuerte.

Armada por el poder del pueblo del derecho de fabricar leyes, la Asamblea nacional renovó las ligaduras de Francia para ponerla

á los pies del gobierno fuerte, del cual había de ser la única consejera. Pero la nación vivía ya con vida propia y se organizaba espontáneamente para defenderse contra la vuelta ofensiva de los señores, contra el fisco, contra las gentes de negocios y contra los peligros que suscita el miedo.

De pueblo á pueblo se asociaban los campesinos, se agrupaban en federaciones con las ciudades; y de provincia á provincia, pasando por los antiguos límites, se hacían las alianzas: con idénticos intereses, el mismo amor á la paz, afanosos por las cosechas próximas y orgullosos por la libertad conquistada, los ciudadanos se reconocían y se abrazaban como hermanos, olvidando que en otro tiempo sus padres se habían odiado mutuamente. Como era natural, las uniones de amistad se formaban principalmente entre municipios y países cuyos habitantes estaban ya unidos por las costumbres, la facilidad de las comunicaciones y las ventajas recíprocas del

cambio, y, desde este punto de vista, sería muy útil estudiar la repartición de los grupos en células primitivas que se constituyeron de ese modo con espontaneidad perfecta en toda Francia; pero en aquella gran época se sentía atracción mutua, no sólo por efecto de las semejanzas, sino también por los contrastes: complaciáanse en unirse los de la llanura con los de la montaña y los de la viña con los del bosque, porque todos querían conocerse y fraternizar en un mismo sentimiento de heroísmo y de bondad. Todos habían llegado á ser mejores: aquellos fueron los días más dichosos que vió Francia, los únicos en su historia. La nación se había exaltado por el entusiasmo á



Gabinete de las Estampas.

VOLNEY

nacido en Craon en 1757, muerto en 1820.

una altura superior á sí misma, hasta el amor de todos los hombres.

La unificación de Francia, antes recortada en Estados feudales diferentes que la mano real ataba en un solo haz, se realizaba, pues, de una manera espontánea. Hubiera bastado dejar hacer para que el conjunto de la nación llegara á ser verdaderamente «uno», aunque con la diversidad normal de todos los grupos naturales constituidos para el trazado y la construcción de los caminos, para la demanda de las subsistencias y otros intereses comunes. En cierto modo Francia tenía ya sus cantones, sus distritos y sus departamentos antes que Sieyes concibiese el proyecto de división formal, que Roberto de Vaugondy trazase el mapa y que Thouret lo hiciese votar por la Asamblea; ésta, deseosa de establecer su propio poder, para regular la percepción de los impuestos, las atribuciones y la jerarquía de los funcionarios y la subordinación de los municipios al Estado, no se dejó influir por los votos de las poblaciones, y procedió brutalmente á la división del reino, obedeciendo á la preocupación de hacer las partes de dimensiones iguales.

Hasta fué convenido en un principio que cada uno de los 80 ú 81 (9 por 9) departamentos sería dividido en nueve distritos, divididos á su vez en nueve cantones. Es indudable que la naturaleza de las cosas, independientemente de la voluntad de los legisladores, exigía la supresión de las antiguas divisiones históricas, feudales, administrativas, clericales, militares, fiscales ó aduaneras, que frecuentemente debían su creación á un capricho y que se habían conservado siempre sin la menor atención á la voluntad de las poblaciones interesadas: provincias políticas, generalidades rentísticas, intendencias civiles, diócesis eclesiásticas, gobiernos del ejército, bailías ó senescalías judiciales, recursos parlamentarios, país de derecho romano y de derecho consuetudinario; de gabelas y de rescate, de ayudas y de favor, de concordato y de obediencia<sup>1</sup>, todo eso debía desaparecer necesariamente, librar á Francia de su inextricable red de fronteras entremezcladas — y lo que de ello queda todavía sólo puede conservarse de una manera artificial —; pero los límites de departamentos, distritos y cantones no son menos artificiales en la mayor

<sup>1</sup> Louis Blanc, *Histoire de la Révolution française*, II, p. 402; — Edmond y Jules de Goncourt, *Histoire de la Société Française pendant la Révolution*, p. 393.

parte de sus contornos, y se borrarán también, no sin haber producido el resultado funesto de romper muchas comunicaciones naturales y entorpecer de mil maneras el movimiento espontáneo de las poblaciones.

Verdad es que una división natural en «país» hubiese dado al mapa de Francia un aspecto muy irregular; la superficie de los



Cl. P. Sellier.

LOS CABALLEROS DE SAN LUIS ENTREGANDO SUS INSIGNIAS DISTINTIVAS,  
LO MISMO QUE LOS AGUADORES

diversos elementos yuxtapuestos hubiese variado fácilmente del simple al décuplo: las afinidades electivas difieren en todas las regiones según la naturaleza y las producciones del suelo, el desarrollo moral é intelectual de las poblaciones y la circulación general de la vida. Además, los progresos de la civilización y el aumento de las facilidades en las relaciones de vecindad, en la ausencia de una autoridad central, no hubiesen dejado de suprimir todas esas divisiones parcialmente facticias. En la época en que fueron trazadas las líneas administrativas de reparto, se necesitaban semanas para que el vaivén de las órdenes y de las respuestas pudiera hacerse entre la cabeza y las extremidades del gran cuerpo; ayer se empleaban horas, hoy